

de mi curiosidad. Aquel extraordinario movimiento de comadres tenía por causa la llegada de una forastera; la castellana feliz de aquel castillo, orgullo del pueblo, de carcomidas almenas y ruinosas torres,

radas. Testigo mudo de una edad semi-bárbara que pasó para no volver, servíale la hiedra de verdugo y las aves nocturnas le afrentaban. Sabía de memoria la tradición romántica, la popular leyen-



Por sus mejillas, frescas y rojas, resbalaron dos lágrimas.

en las que los buhos y los murciélagos encontraban refugio de su agrado.

Ya conocía el castillo. Su severa silueta, recortándose en el fondo de un cielo azul cobalto, atraía casi siempre mis mi-

da de aquellas ruinas pintorescas y, en la callada noche, recorriendo las frondas perfumadas, perdido entre los frutecidos árboles que rodeaban al coloso, tornaba el pensamiento hacia el pasado y creía